

Capítulo 1

ATRAPADOS EN AZUL

“Donde iremos a parar,
calculando el vértigo
de los sueños que quedaron detenidos”

Quique González

1. AFRODITA SOLA. AZUL BOMBAY ZAFIRO

Afrodita no sabe cuántas noches ha pasado en “El Asteroide”. El camarero de “El Asteroide”, Luis Izquierdo, su gran confidente, tampoco lo sabría si alguien se lo preguntara. El terapeuta de la psicóloga Afrodita es un camarero. Una psicóloga también necesita alguien a quien contarle todo eso que le quema por dentro, todos esos recovecos de su cerebro, todas las interrogaciones que se acumulan a sus espaldas, las espirales de sentimientos que la embaucan, los secretos inconfesables, el dolor de los sueños que la atrapan, que la acorralan, que la engullen. Ella ayuda a los demás a desenmarañar esa madeja pero no puede ayudarse a sí misma, ni es un ejemplo a seguir. La gente suele creer que sí, pero no. Luis Izquierdo tampoco puede ayudarla pero la escucha, le saca unas sonrisas y eso es suficiente. “El Asteroide” es un pub lúgubre y oscuro, bien situado en el centro de Nelia, muy cerca del piso de Afrodita. La decoración consta de posters de películas y de portadas de discos. El dueño casi nunca se pasa y Luis hace y deshace a su manera. No es un sitio de moda pero tiene su clientela fija. La música que suena en “El Asteroide” es pop-rock y grupos de indie, nacional e internacional. El pub es uno de los más antiguos y con más solera de Nelia. Lleva abierto trece años. Los mismos que hace que Luis Izquierdo llegó a Nelia. Ha tenido el mismo dueño durante todo ese tiempo.

Afrodita está sentada en un taburete, en la barra, delante de un gin-tonic con ginebra Bombay-Zafiro. Esa ginebra se distribuye en una botella azul. Azul, el color favorito de Afrodita, el de la libertad, el mar, el cielo, el del planeta Tierra visto desde la inmensidad del cosmos. Paladea el sabor amargo del gin-tonic mientras tamborilea con las uñas en la barra de madera sin poner mucho cuidado en disimular su aburrimiento. Fuma un cigarro tras otro de una marca baja en nicotina. Mira alrededor de vez en cuando, inspeccionando el terreno y se mantiene pendiente de la puerta como si esperara a alguien. No ha quedado con nadie pero aún así tiene la puerta en su punto de mira. Luis Izquierdo atiende a otros clientes y va y viene hacia ella, teniendo que retomar la conversación donde la dejaron. Es temprano y el pub no está aún lleno. De vez en cuando puede charlar con ella un rato largo. Luis mantiene el rostro muy

serio mientras la escucha, casi nunca sonríe pero tiene un sentido del humor muy negro.

-¿Cómo acabaste anoche?- inquiera Luis

-Pregunta mejor dónde te despertaste esta mañana- le responde ella.

- Uno puede dormir en cualquier sitio, no est s en este mundo cuando est s dormido, pero uno no puede despertarse en cualquier lugar. La vuelta al mundo de los vivos no puede ser traumática- manifiesta el camarero, con su serio semblante.

En ese momento entra un grupo de chicas veintea eras. Todas han elegido con gran esmero su vestimenta y se han maquillado pero no se nota que vayan arregladas. Llevan zapatillas de puntera de plástico anudadas con cordones, cada una de un color diferente, pero del mismo modelo y pantalones pitillo con camisetas anchas que dejan ver sus tatuajes. Excepto una de las chicas, que lleva una minifalda escocesa y el pelo muy corto, rubio y muy revuelto, despeinado. Afrodita piensa que ha debido estar mucho rato delante del espejo haciéndose ese peinado. El grupo de chicas empieza a cuchichear y a soltar risitas mirando de reojo a Luis. Luis es muy guapo y contempla este tipo de escenas a menudo pero no le da ninguna importancia. El grupo se acerca a la barra y pide la chica de la minifalda con mucho desparpajo. Luis sirve cinco cervezas iguales para las chicas de las cinco zapatillas iguales. Vuelve con Afrodita y les da la espalda.

- Dime, Luis,  tu nunca te sientes solo? Yo s , muy a menudo, una guerra con la soledad y casi siempre gana ella - dice Afrodita que ha estado esperando un rato para hacerle esa pregunta.

 l se pone muy serio, de nuevo, como si fuese a dar una charla sobre células madre, adultas y embrionarias.

-Afrodita, uno nunca está solo, siempre est  en compa a de sí mismo. Decía Oscar Wilde que amarse a uno mismo es una historia de amor que dura toda la vida. Si uno se aprecia y cree en sí mismo, la soledad se evapora.

Afrodita vuelve a tamborilear los dedos en la barra, pero esta vez nerviosamente.

– ¿Tu crees que el problema puede ser mi autoestima?

–El problema es que eres muy impaciente, nunca supiste esperar. Esperar le da ventaja al diablo, ya lo dice la cultura popular. Aprecia el camino, Afrodita, no existe meta, sólo existe camino y caminante.

Y antes de terminar la frase, Afrodita le da un buen sorbo a su gin-tonic que hace bajar tres centímetros el líquido en el vaso. Las palabras le saben más amargas que el gin-tonic pero sabe que es la verdad y que la verdad duele y que un verdadero amigo te dice la verdad aunque duela. Se hace un silencio entre ellos, que llena la canción que suena de fondo de los Pixies. Para soportar esa cruel verdad saca un cigarro y lo enciende con premura. Luis se da cuenta de la dureza de sus palabras y sale de la barra.

-¿Vienes al baño?- le suelta, de repente, guiñándole el ojo izquierdo.

-No me apetece esta noche, en serio, paso.

-Pero mujer, si es un polvo rápido- bromea, muy serio, mientras vuelve a guiñarle el mismo ojo.

Afrodita rompe en carcajadas y el grupo de chicas, que ha observado la escena con disimulo, ahora no puede dejar de disimular su perplejidad.

Afrodita suele pedir fuego a desconocidos en “El Asteroide”. Busca una pista en las manos, en los ojos o en el timbre de voz (que a duras penas escucha por la alta música) de esos desconocidos que suelen acabar en su cama. Ella quiere saber si es él, si es a quien busca, si es a quien lleva tanto tiempo esperando. Pero suelen quedarse en sucedáneos que pasan por la vida de Afrodita sin dejar rastro. Poco a poco empieza a perder la paciencia y eso lo empeora todo porque los sucedáneos se multiplican cada vez más. Ella espera que le pregunten por qué casi toda su casa está decorada en azul, por qué el cuadro de la cabecera de su cama es “La noche estrellada” de Van Gogh. Ninguno de los sucedáneos se lo pregunta. Sabe que el elegido se lo preguntará. Mientras tanto, pide fuego, busca pistas, se ahoga en un mar de

ginebra, se encierra en los baños con desconocidos o con Luis Izquierdo. Sin quererlo Afrodita Sola lleva años encerrada en ese pub taponando todas las salidas.

2. LUIS IZQUIERDO. "AÑIL"

Luis Izquierdo suele comenzar el día a las cuatro de la tarde con un café solo que acompaña con un porro. El café se lo hace con una cafetera italiana de dos tazas y para el porro usa sus dedos fibrosos y delgados, papel ocb del negro y un clipper, negro también. A pesar de ser mediodía, la luz no entra en el sombrío apartamento que, a todas horas está oscuro y siempre se hace necesario usar la luz artificial. Es un exiguo apartamento con un único ambiente, todo diáfano, con espacio para una sola cama, una mini cocina americana con salón-comedor y todo sin particiones, excepto el baño. Treinta y cinco metros cuadrados muy bien aprovechados. Suficiente para él. "Mi apartamento rollo japo", suele decir bromeando. Dos de las paredes de este apartamento están cubiertas por estanterías con libros. Es un ávido lector. Devora todo libro que pasa por sus manos y se gasta su escaso sueldo de camarero en libros. Es autodidacta. No tiene estudios universitarios. Sólo tiene el bachillerato. Ahora se está preparando el acceso a la universidad para mayores de veinticinco años, en Humanidades. Quiere estudiar el grado en estudios literarios. Le apasiona la literatura. Desde que tiene uso de razón lee ávidamente y escribe.

Luis Izquierdo es un tipo solitario. Pasa mucho tiempo solo pero adora la soledad, la necesita para hacer las dos cosas que más le gustan en la vida: leer y escribir. Él cree lo que decía Cernuda: "mucho o poco, lo que tú seas, se lo debes a la soledad". Para Luis, la soledad es un sabor ácido del cual está enamorado. Lee de todo, pero sobretodo poesía. Sus poetas favoritos son los poetas malditos: Rimbaud, Baudelaire, Verlaine, etc... La valentía con la que los poetas malditos se enfrentan al mundo, el desafío a las estructuras literarias imperantes de la época y esa manera, rebelde e innovadora, de entender la literatura, es propia de la poesía que Luís escribe. Sus vidas autodestructivas, bohemias, y a menudo, trágicas, rechazando los convencionalismos sociales, y su constante provocación, le han atraído desde que los descubriera. Se siente identificado con ellos y esto no es casual. Luís ha escrito un libro de poesía que lleva por título "Añil" y se ha paseado con el manuscrito bajo el brazo por todas las editoriales de Nelía sin que le hagan mucho caso. Pero él piensa que "Añil" es bueno y que él es un incomprendido de su época, al igual que los poetas

malditos lo fueron en su momento. Y es que el sueño de Luís es ver publicado “Añil”. Verlo con su portada azul, cuidadosamente encuadernado, impoluto y límpido. Verlo en las estanterías de una librería de barrio a donde no acude mucha gente...pero verlo.

“Añil” es un libro de poesía triste, crudo y algo heterodoxo, eso lo une a sus apreciados poetas malditos. Es una poesía crítica, no fácilmente entendible para la gran masa. No habla de amor, ni de la libertad, ni de los grandes temas. Habla de la decadencia del hombre, del mal en el mundo, del abandono, de la angustia vital y del inconformismo, todo desde una perspectiva pesimista y decrepita. “Añil” está escrito con la mano izquierda de Luis porque es zurdo y para él es una señal de que es un ser especial, distinto a la mayoría, que va contracorriente, que no le vale la respuesta fácil, la que le vale a todo el mundo. En las editoriales le reconocen que es bueno pero ilegible para la gente de a pie, la gente normal. Que no es el estilo imperante de poesía que se lee ahora. Le recomiendan que se atreva con la novela de ficción, un género más vendible. “Chico, la poesía es de minorías”, le subrayan como última frase. Él no responde, se queda serio y callado y se va con el manuscrito de “Añil” debajo del brazo, pensando que a él tampoco le interesa que lo lea la gente de a pie, que por él se podría morir la gente normal.

Luis no está completamente solo en su pequeño apartamento. Vive con Atenea. Atenea es una boa constrictor albina y su habitáculo habitual es un terrario. La boa tiene tres años y el terrario ocupa gran parte del apartamento, pero aún así, no quiso renunciar a tenerla aunque perdiese espacio de su, ya de por sí, reducido apartamento. Atenea es la diosa de la sabiduría y fue por ello que le puso ese nombre, porque quería vivir acompañado de la sabiduría siempre. Porque Luis piensa que la sabiduría, como su boa constrictor, no le fallará nunca. Le da de comer ratones muertos, siempre de noche, porque es una serpiente nocturna. Más de una vez ha tenido problemas con sus ligues por este tema. Cuando las muchachas llegan al apartamento, esperando pasar una noche de sexo con el guapo Luis y se encuentran el terrario con el animal, salen despavoridas porque no pueden soportar dormir con aquel reptil asqueroso en la misma habitación. Por mucho que les diga que no sale del terrario, que no es venenosa, que no hace nada...ellas no entran en razón. Así

que ha aprendido la lección y antes de invitar a su apartamento a una chica le pregunta qué opinión le merecen las boas constrictor.

Luis Izquierdo siempre viste de negro, incluso para estar por casa. Tiene tatuajes en sus brazos y espalda y un don extraño para las caricias con su mano izquierda. Adora el negro, a su boa constrictor y a los poetas malditos. Todo el mundo que conoce a Luis Izquierdo piensa que es un tipo siniestro y oscuro.

3.SANTIAGO SERRANO. AZUL DE LAS PROFUNDIDADES

Santiago Serrano tiene una mina de oro líquido y un armario muy grande en una casa de pueblo. La mina la cuida mucho, el armario lo tiene ordenado y pulcro. Sale con sus amigos en Maya los fines de semana, como cualquier chico de su edad en cualquier parte del planeta. La mayoría de sus amigos estudian en Nelia y son visitantes esporádicos de fin de semana de Maya. Es invierno, la estación del año que más le gusta a Santiago. Le gusta notar el frío en sus mejillas. Se dispone para salir. Coge lo primero que pilla del armario. Un jersey beige tejido por su madre y unos vaqueros oscuros que le quedan anchos. No se esmera en arreglarse. Maya tiene cinco bares pero Santiago y sus amigos siempre van al mismo a emborracharse, al Cifuentes. El Cifuentes es un bar pequeño con una decoración descuidada y ecléctica pero, su dueño, el Cifuentes, no sabe que significa ecléctico, y si lo supiera no se sentiría muy orgulloso de que su bar lo fuera. Nada va a juego con nada. Las mesas son rojas, las sillas negras y las paredes verde pastel. Está limpio pero el mobiliario es viejo y parece más sucio de lo que realmente está. El Cifuentes cada poco tiempo le hace una reforma y el resultado de tanta reforma sin ton ni son es un eclecticismo sin gusto. Cuelgan en el Cifuentes algunas láminas enmarcadas de distinta temática: los rascacielos de Nueva York, una foto de Maya nevada, un hombre negro tocando un saxofón y un dibujo de un niño que le está dando en actitud amorosa una flor a una niña. En la puerta de los servicios de las chicas se ha despegado el símbolo de mujeres y los restos de pegamento han dejado una textura que conforma un dibujo abstracto, un dibujo casual que parece un Antoni Tàpies. Ángel, el mejor amigo de Santiago, se detuvo un rato, observando la textura. Santiago se acerca a él y le pregunta:

- ¿Estás dudando si entrar? Quizá esté más limpio que el de los hombres- Ángel se ríe.

-No todos los días se descubre un Tàpies colgado en el Cifuentes.

-¿Un qué?- responde Santiago un tanto confundido.

Éste le contó su descubrimiento con orgullo, como el que descubre un diamante oculto para el resto. Para Santiago y para casi todos los habitantes

de Maya había pasado desapercibido, sólo eran restos de pegamento. Para los ojos de Ángel era un Antoni Tàpies.

A pesar de que es sábado el bar está casi vacío, exceptuando una pareja en la barra y un grupo de treintañeros en una mesa. El Cifuentes pone una música anticuada, una música de letra fácil y baile con coreografía, una música machacona con el mismo ritmo en todas las canciones. Música comercial, totalmente ridícula y pasada de moda. El que más reniega de la música es Ángel. “Esto no hay quien lo soporte...porque no hay otro sitio que si no...”Pero no para de sonreír y parece que le importa menos de lo que dice. A Santiago sí le gusta la música pero se cuida mucho de decirlo. Cuando está de buenas el Cifuentes les pone la música que trae Ángel, pero sólo a veces, a pesar de que casi siempre el bar está vacío. Todos beben con avidez y se emborrachan. Todos menos Santiago. Nadie lo nota porque disimula muy bien. No le gusta embriagarse ni perder el control, pero sus amigos son jóvenes y, sumidos como están en esa inmadurez que otorga la juventud, piensan que para pertenecer al grupo todos tienen que hacer lo mismo como un rebaño de ovejas. Santiago bebe los tercios de cerveza a sorbos pequeños, se los deja medios y se mete en su papel de borracho. Comparte el proceso de la borrachera, que evoluciona lentamente, mientras la concentración de alcohol en sangre va subiendo. Participa en las fases de la borrachera, las conoce como la palma de su mano. Primero la verborrea incontenible, con la revelación de la verdadera personalidad de cada uno. Luego la exaltación de la amistad, la fase favorita de Santiago. Abrazos y risas. Se mete en el ambiente, se confunde con ellos hasta parecer uno más, se mimetiza con la atmósfera, se ríe de las mismas tonterías que los demás y que, a los que no están borrachos, no les parecen graciosas. Y después: la pérdida del equilibrio, las canciones mal cantadas a capela, con otra letra diferente y desafinando. Y por último, el difícil desalojo del inmueble. Pero el Cifuentes es un experto en este tema y los despacha con tanta asertividad que ellos se van cantando a gritos y tan contentos. Se fuman unos porros en la puerta. Siempre se los lía Ángel, es el que más habilidad tiene para hacerlos, sus dedos se mueven ágiles mientras no para de hablar y reír. Santiago lo observa embelesado en esa destreza. Se pasan el porro unos a otros, saltándose a Santiago, que en eso no claudica. Y

la última fase, siempre la misma: se van tambaleantes, con pasos trémulos y vacilantes, con los ojos rojos, bebiéndose el líquido caliente que les queda de la última cerveza. Se van juntos por la calle principal, solitaria, oscura y vacía, y uno a uno van dejando el grupo, metiéndose por callejas que les llevan directos a sus hogares, donde sus madres les esperan a duermela porque la noche de los sábados es peligrosa en todo el planeta y Maya no es una excepción.

Al final se quedan Ángel y Santiago. Se sientan a conversar en un tranco de una casa deshabitada. Un gato blanco un poco sucio merodea por allí y se acerca a ellos. Ángel lo acaricia.

– Tu tampoco puedes dormir, claro, es sábado.

El gato congenia con él al instante y empieza a ronronear de gusto. Ángel también tiene un gato y un extraño don para entender a estos animales.

– Bonita, seguro que te llevarías de perlas con Mía.

Ángel estudia Bellas Artes en Nelia. Es un estudiante brillante pero no porque le ponga empeño sino porque dibujar le sale del alma, es algo fácil para él, lo hace desde que tiene uso de razón. Está en tercero y sus notas son magníficas. Lo que más llama la atención de su físico son sus hermosos ojos azules. Es pequeño, delgado, casi desgarrado. No presta ninguna atención a su indumentaria. Siempre lleva ropa vieja. Vaqueros muy desgastados y rotos. Camisetas raídas y hartas de mundo. El pelo lo tiene castaño claro y ligeramente ondulado. Le cae hasta los hombros y no se lo suele peinar. Es un chico al que no le importa mucho su aspecto físico. Pero tiene dos imanes por ojos que dejan sin habla a quien los contempla y una sonrisa permanente en la cara que hace el resto.

Santiago en sus sueños se zambullía en esos ojos del azul de las profundidades marinas. Soñaba que se sumergía en lagos con las aguas muy oscuras, llenas de lodos, en las que apenas se podía nadar en la oscuridad de la noche sin luna. Se ahogaba todas las noches en oscuros pantanos y resucitaba todas las mañanas en la seguridad de su cama. Tenía un armario muy grande en un dormitorio muy pequeño. En ese armario tan grande cabía todo, la inmensa ciénaga en la que se ahogaba todas las noches, los deseos y

las frustraciones, las camisas y camisetas, el azul de las profundidades de unos ojos de ángel, los monstruos marinos y las bufandas de lana tejidas con parsimonia por su madre.

4.ADELINA ROJO. ABEL CABALLERO ROJO NO ENCUENTRA EL CAMINO A CASA

Abel Caballero Rojo. Adelina ya sabía el nombre de su primogénito. Lo había pensado antes de fecundarlo. Mientras abría una vía con sumo cuidado en el hospital en el que trabajaba, pensaba lo bien que sonaba, lo importante que era un nombre. El mismo para toda la vida. Tú cambias pero el nombre sigue ahí, intacto, viendo pasar todas las épocas de tu vida. Como si la misma persona pudiera bañarse mil veces en el mismo río. Termina de poner la vía. El paciente ni se ha quejado. Un anciano acostumbrado a que le escarben en las venas. Hoy no tenía guardia, podía salir a cenar con Arturo. Hora y media y estaría fuera. Unos cuantos sueros, los medicamentos de la cena, un paciente nuevo, la rutina de siempre. Le gusta su trabajo, lo realiza con mucha meticulosidad y pulcritud. Adelina Rojo se toma un respiro y saca un actimel sabor fresa, cero por ciento, de la pequeña nevera de la sala de personal de su planta, la séptima, cardiología. Lo agita bien antes de abrirlo y se lo bebe a pequeños sorbos. Le ayuda a engañar el hambre. Con el uniforme blanco de enfermera y los zuecos a juego, también blancos, saca el iphone, regalo de reyes de Arturo, lo busca en la agenda y en la pantalla aparece una foto de ellos dos juntos en verano, tan todo perfecto, tan sonrientes y morenos, en las vacaciones que pasaron en Nueva York. Ella con su vestido de Dior con tirantes, él con la camisa Pedro del Hierro sin mangas y sus gafas de sol Rayban, de fondo el puente de Brooklyn. En una mesa de oficina, casi a la vez, un móvil comienza a vibrar y como por arte de magia aparece la misma foto en la pantalla.

La casa está en completo silencio, un silencio que debería llenar los llantos, las risas, los gorjeos del ausente Abel. Una casa ordenada y pulcra. Un orden y pulcritud que hubiera roto el pequeño Abel con sus biberones por medio, sus pañales, sus peluches de mirada perdida y de colores llamativos para unos ojos que sólo verían manchas y bultos. Un silencio y orden que a Adelina le sabe a amarga frustración. Un orden y pulcritud que no es responsabilidad exclusiva de ella, pues Aurora se encarga de ello, su fiel asistente. Lleva con ellos siete años. Los mismos siete años de matrimonio feliz que llevan Adelina Rojo y Arturo Caballero. Se dirige al gran vestidor

donde se acumulan en meticuloso orden, vestidos, camisas y pantalones, ropa muy nueva, poco usada, toda de marca. Adelina elige un vestido turquesa de manga larga que deja la espalda descubierta. Azul, el color de la ropita de Abel, de las sabanitas y el oso de felpa, de los zapatitos minúsculos. Azul claro, azul oscuro, azul cielo, azul marino, azul bebé. Ella luce sus bellos omoplatos para él, bronceados y bien hidratados con las cremas más exquisitas. Se resguarda del frío con un abrigo de terciopelo negro. Arturo la recoge en el BMW, llega tarde, diez minutos tarde exactamente. Un cliente a última hora. “Perdona cariño por hacerte esperar. Debes estar hambrienta.” Él tiene una empresa de publicidad que no para de crecer. Durante la cena hablan poco, Arturo siempre fue hombre de pocas palabras y gran sonrisa. No sacan el tema de Abel. Lo evitan a posta y mientras más lo evitan más presente está entre los dos. Como una brecha que se abre entre el entrecot de ternera y la panacota con salsa de melocotón. Llevan casi siete años casados y Abel no llega. Dos inseminaciones artificiales en Barcelona. Pruebas y más pruebas. Dolorosas pruebas que los dejan fatigados, silenciosos y sin apetito en el avión de vuelta a Nelia, donde apenas prueban el exiguo tentempié que les ofrecen las solícitas azafatas. Y luego el rojo, no el azul, el rojo; que mancha, que hierde, que lastima, que tiñe sus vidas perfectas, que sabe a fracaso, ese que desconocen Arturo y Adelina en el plano laboral. No quieren saber de quién es la culpa. No quieren culpables. Quieren la sillita en el BMW, los biberones y las risas de Abel. Quieren que Abel encuentre el camino a casa.